



De actualidad

PRONUNCIAMIENTO Y CAMARILLA

Bueno, lo mejor es siempre la verdad. Y en eso de las tan sonadas y cimbleadas Juntas de Defensa de las Armas del Ejército, la verdad es que el paisanaje—que no siempre es, por serlo, civil—ha estado siempre dividido y ya de parte de ellas, ya en contra, según creyese que era su actuación. En junio de 1917 la mayor parte de los que decimos de la izquierda simpatizaban con las Juntas, por creer que la justicia que demandaban era la que necesitamos todos, paisanos y militares, y hasta por suponerlas anticesarianas. Don Benito Márquez, el primero y más histórico de los presidentes de la Junta del Arma de Infantería, expulsado del Ejército por un Tribunal llamado de honor, acabó declarándose republicano. Y cuando en la huelga de agosto del mismo año 17 se le hizo al Ejército contribuir a su represión, de la manera que todos recordamos, los elementos democráticos y liberales de verdad, los de izquierda, se pronunciaron contra las Juntas.

Y es, ya lo hemos dicho, que hay dos males, uno es el pretorianismo, el de los militares que repitiendo que no quieren hacer política, la hacen y tratan de substituir al poder público civil. Los pretorianos en la Roma imperial hacían y deshacían emperadores, sus muñecos los ponían unos contra otros, subastaban el imperio. Pero había otro mal y era el cesarianismo.

Llamóse cesarianos a los funcionarios de la casa del César, del Emperador, funcionarios domésticos, de casa y boca, que en un principio eran tan sólo los esclavos y libertos de aquella casa. Los cuales no podían ser funcionarios del Estado, públicos, pues para serlo se necesitaba ser lo que se decía "ingenuo", libre de nacimiento y origen, caballero o senador. Y el último, el de más modesta categoría pública de los funcionarios del Estado, se creía, y con razón, por encima del que ocupase el más alto cargo palatino.

Y a esto conviene añadir que aún hoy no se debe hablar, como alguna vez se hace, de autoridades palatinas,

En el Palacio Real no hay más autoridad que la del rey. Todos los que ocupan cargos palatinos son sus criados, y un ministro, en cambio, un gobernador, un alcalde no lo es. Un empleado de Palacio, un doméstico de la casa real, por muy conde, marqués, duque y grande de España, no tiene jurisdicción ninguna. En el orden civil el alcalde del último villorrio está por encima de ese grande.

El pretorianismo puede aliarse al cesarianismo y hasta confundirse con él, pero son cosas muy diversas y con frecuencia contrapuestas. Y en nuestro castizo vocabulario político hay dos palabras, que han pasado ambas a las principales lenguas europeas, que simbolizan a ambas situaciones. Estas palabras son: pronunciamiento y camarilla.

El pronunciamiento es la expresión suprema del pretorianismo y la camarilla la del cesarianismo. Y así como en el pronunciamiento pueden tener parte elementos civiles, inspirándolo y aun dirigiéndolo, así la camarilla puede ser militarista y suele serlo a menudo. Los más de los pronunciamientos liberales que precedieron a la revolución de 1868, fueron pronunciamientos de origen civil. Primer fué muy militar, sí; pero fundamentalmente, un hombre civil, muy civil. Y hay paisanos, como el actual ministro de la Guerra, que de civiles tienen muy poco o nada.

Y en cuanto a esa constante manifestación de las Juntas, de que ellas no hacen política, ahí está su mal. Sólo se justificarían haciendo política. Lo que no quiere decir alistándose en uno de los partidos constituidos. El pedir justicia es ya hacer política. Y si al pedirla hubieran pedido el restablecimiento de las garantías constitucionales, la derogación de la ley de Jurisdicciones, la liberación de los presos gubernativos y de los judiciales injustamente encarcelados, el inmediato rescate de los prisioneros de África y todo lo demás que hace falta para que el reino de España salga del despotismo cesariano en que hoy yace, si hubieran hecho eso, ningún ciudadano las podría culpar de pretorianismo ni de militarismo. Porque ese pronunciamiento habría sido un acto de la más alta y noble ciudadanía. Y la ciudadanía es siempre civil, y es siempre anticesariana. Porque cesarianismo es servilidad.

MIGUEL DE UNAMUNO

